

30 IDEAL

TRIBUNA ABIERTA

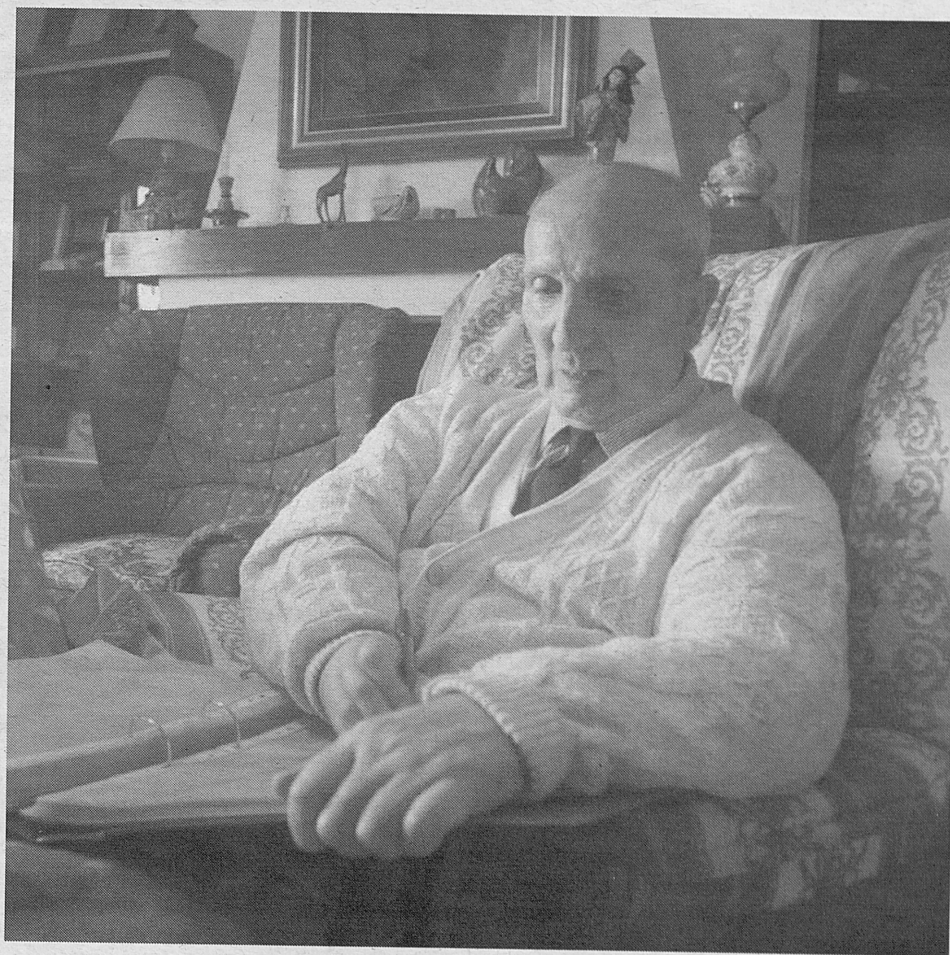
# Martín Recuerda

FRANCISCO GIL CRAVIOTTO

**H**ACE mucho tiempo que conocí a Martín Recuerda. Tanto que ahora me es imposible precisar quién nos presentó. Quizás fue el infortunado poeta Antonio García Sierra, quizás Nono Carrillo o Antonio Moleón, pintores ambos que trabajaron con más o menos asiduidad en los decorados de sus obras.

Lo que ahora sí recuerdo muy bien es la última vez que visité su casa. Está en el Monte de los Almendros de Salobreña, en una pequeña calle que no tiene nombre ni números. No hace falta: todo el mundo se conoce y lo conoce. De las cuatro o cinco casas que integran la calle, la de José Martín Recuerda se distingue en seguida: tiene una torre blanca y está rodeada de pinos, tuyas y cipreses. La separa de la calle un muro de piedra y argamasa —todo pintado de blanco— que interrumpe una verja de hierro, que da acceso al jardín. Tiene otra particularidad la casa: es la más poblada de todo el Monte de los Almendros: a sus dos moradores humanos, José y Ángel, hay que añadir cuestión de quince o veinte gatos —los hay de todas las edades, razas y colores— que juegan o toman el sol en el jardín. Desde la calle la panorámica es impresionante, pero aún se hace más hermosa cuando uno se asoma a cualquiera de las ventanas del edificio: debajo el mar; ese mar —evasión, libertad y huida, tan importante en toda la obra de Martín Recuerda—, todo azul y con algún barco que se columbra a lo lejos; a la izquierda, Salobreña, con sus casitas blancas y su castillo moruno en la cima del cerro, y, a la derecha, hacia Málaga, el sol del poniente, que muy pronto, antes de ocultarse entre las aguas, inundará todo el cielo de rojos y amarillos. El aire que baja del monte o sube del mar, es límpido, purísimo, cargado de perfumes. No hace frío ni calor. Del jardín llega, lejano, el canto de un mirlo...

José Martín Recuerda, según reza en el prólogo del libro 'Los Átridas', primorosamente editado por el Ayuntamiento de Salobreña y con un sustancioso prólogo de Miguel Ávila Cabezas, nació en Granada el 17 de junio de 1922, en el tercer piso del número 9 de la granadínísima plaza de Bibarrambla. Era el quinto y penúltimo hijo de una familia integrada por seis hermanos, todos varones. Su padre, Manuel Martín



Díaz, conocido en el barrio por 'Manuel el Ronco', era un hombre bueno y trabajador; pero con todos los prejuicios y rutinas del granadino medio de entonces. Tenía una frutería en la casa contigua a la que habitaba la familia, con entrada por la calle o plazoleta que une Bibarrambla con la antigua pescadería. Era albaicinerero y, según cuenta Ángel Cobo Rivas, tan sólo una vez salió de Granada. La madre, Matilde Recuerda Ladrón de Guevara, era una mujer humilde y muy religiosa. Su trabajo, que entonces se resumía con el eufemismo 'sus labores', consistía en llevar adelante el hogar y, con siete varones —el padre y seis hijos— a su cargo, no debía tener mucho tiempo libre. Era una mujer muy caritativa y, aunque ella nunca anduvo en la abundancia, siempre procuró ayudar las mise-

rias de su entorno. Alrededor de la familia pululaban tíos, primos y lejanos parientes en los que años después se inspiraría el futuro dramaturgo para crear algunos de sus personajes. Muchos de ellos estaban marcados por el estigma del fracaso o la resignación. Algunos, para aliviar la vaciedad de sus vidas, se habían dado al alcohol. Serían retratados años después en una de las obras más significativas de la primera etapa del escritor: 'Los Átridas'. Las más lejanas imágenes que hasta el último día guardó el autor de su infancia van unidas a la plaza de Bibarrambla y alrededores, que en aquel entonces —finales de la monarquía y primeros años de la República—, quizás porque Granada era bastante más pequeña que ahora, tenía mucho más vida y colorido que en la actualidad. Juegos con otros niños y

correteos por las calles y plazas aledañas. Entre esos juegos habrá uno que será esencial en la vida del futuro escritor: hacer teatrales. Él y otros niños del barrio se entretenían en las buhardillas de las casas –la suya y la de sus amigos– jugando a ser actores. Muy pronto el niño comenzó a ir al colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en la placeta de Castillejos, donde aprendería las primeras letras. Por allí, algunos años antes, también había pasado Federico García Lorca. Mientras estaba en clase oía tocar la bandurria a su primo Pepe Recuerda, que formaba parte del ‘Trío Albéniz’. La música de Manuel de Falla o de Ángel Barrios entraba por las ventanas de la escuela y el futuro escritor, callado y extasiado, soñaba...

Era un niño tímido, ensimismado y muchas veces aterrado ante la brutalidad

**«En La Llanura y Los Átridas también Martín Recuerda ha sabido dar el salto de lo concreto y local a lo universal y de todos»**

de los hombres. Demasiado sensible para soportar, sin lamento ni protesta, el ambiente de sangre y dolor que, como al resto de los granadinos, le tocó vivir a partir de julio de 1936. ‘La Llanura’ pone en escena la atrocidad de los primeros fusilamientos –esos muertos que aparecían al borde de un camino o en la cuneta de una carretera– y ‘Los Átridas’ las incurables secuelas –hambre, miseria, alcoholismo– que la derrota había dejado en los vencidos. Una y otra se complementan. En una y otra también Martín Recuerda ha sabido dar el salto de lo concreto y local a lo universal y de todos. Mientras cae la tarde él va rememorando aquellas horas de dolor lágrimas:

–Un día de aquellos estábamos jugando varios niños en la plaza de Bibarrambra, cuando llegó un chico a decirnos que al padre de uno de los que allí estaban, lo habían fusilado en el camino de Víznar. Fuimos todos a la casa del niño y nos encontramos a toda la familia llorando. Los niños más valientes nos atrevimos a ir aquella misma tarde al camino de Víznar y nos encontramos varios cadáveres de hombres fusilados, ensangrentados y comidos de moscas. Aquella escena espantosa quedó mucho tiempo grabada en mi mente. Todavía muchacho escribí ‘La Llanura’ que está basada en el mismo tema.

Él ha muerto, pero su obra, tan vinculada a los momentos cruciales de su infancia, quedará para siempre.